

entre manos desde hace algún tiempo y en la cual trabaja con entusiasmo y cariño. Ninguno tan preparado como él para acometer y llevar a término esa empresa. A sus conocimientos de literatura general y comparada reúne una copiosa documentación sobre la materia que va a tratar, un minucioso conocimiento de nuestra evolución literaria y una vasta investigación de primera mano. A su talento artístico, fino cual pocos, junta un sentido crítico penetrante y disciplinado; tanto como los delalles tiene almacenado en su mente el panorama todo de la literatura patria. En esa obra suya irán de la mano el arte y la erudición; con la unidad de plan, con la belleza del todo, veremos allí el desarrollo armónico de las partes y la riqueza de las monografías. Vergara y Vergara trazó el cuadro de la literatura colonial, en uno que es libro valioso a pesar de sus múltiples defectos; la obra del señor Gómez Restrepo abarcará la literatura nacional, es decir, la que ha florecido desde nuestra emancipación política.

GONZALO PARIS LOZANO

LA RELIGION Y EL HOMBRE

Un eminente historiador pagano dice que es más fácil hallar un pueblo sin suelo que uno sin Dios y sin religión. Nada es quizá tan cierto como esto. El hombre, en su vida, es por naturaleza investigador y en las continuas observaciones que los hechos le permiten y que sus propios sentimientos le ponén de presente, encuentra como algo evidente e indiscutible que es imposible que en este maravilloso conjunto de la creación no haya una causa y un fin: una causa, porque no es dado concebir un efecto, como lo es el universo, sin que antes reconozcamos la existencia de un sér que con su omni-

potencia y sabiduría hiciera surgir de la nada todo cuanto vemos y palpamos. Preciso es que haya un fin, porque no sería posible suponer que una obra de tamaño magnitud hubiera sido hecha por el mero hecho de existir, sin finalidad alguna que explicara el por qué de su sér.

Concluyendo el hombre que es necesario que haya una causa suma, entra a estudiar cuál es esa causa de donde todo procede, desde el microscópico animalillo hasta el más grande ingenio; y vista la importancia del efecto deduce que la causa debe corresponder a aquél; y así de racionio en racionio y fundado en premisas tan evidentes como la luz del día, llega a concluir que existe un Dios grande y poderoso, benigno y sabio.

Al estudiar el hombre la naturaleza de ese Dios que es su creador, no puede menos que comprender que el sér todo sabiduría tuvo que imprimir a su obra un fin y que para cumplir ese fin sus criaturas inteligentes y racionales necesitan ajustarse, según el orden de la naturaleza, a ciertas reglas que son los vínculos que unen al hombre con su Dios y en esto precisamente consiste el significado de la palabra religión.

Esto desde el punto de vista filosófico, que si consideramos la cuestión por el aspecto social, tenemos que convenir en que es tan imperiosa la necesidad de un Dios, de una religión, como precisa e indispensable es la existencia del oxígeno para nuestra conservación.

Estas son verdades que los hechos de todos los tiempos han confirmado: el hombre de la selva adora al sol, a la luna; el hombre de la ciudad rinde culto o ante un ídolo o ante el Dios verdadero y grande; todos los hombres necesitan la existencia de ese principio que ya representan en una forma ora en otra, siempre como algo superior a que encaminan sus actos.

La sociedad que llega a carecer de moral a qué ajustar sus actos, puede decirse que está perdida, que está próxima a su ruina y a su inevitable disolución. Roma mientras tuvo dioses a los cuales rendir culto y homenaje, fue grande y avasalladora, haciéndose sentir su poderío de uno a otro confín; pero apenas se relajaron los vínculos morales de su pueblo, cuando la corrupción echó por tierra esos símbolos que eran una barrera para la depravación, el crimen y la maldad; entonces sintióse minada en sus cimientos mismos y no tardó mucho en ser escombros lo que antes llenara el orbe con la pujanza de su prosperidad.

Voltaire mismo con su disoluta conducta y sus ideas corrompidas, reconoció esta verdad y aunque nunca la practicó siempre la pregonó como necesaria y conveniente.

De todo cuanto antecede sacamos en limpio, que el hombre sin religión carece de eje en su actividad y que su naturaleza está, por consiguiente, en desorden, sin un fin fijo al cual encaminarse y que sea el motor de sus acciones.

Es, pues, preciso que exista la religión para el orden y buena marcha de las sociedades, las cuales harán mejor su suerte si aciertan a dar con la verdadera; una e inmutable que es la católica, apostólica romana, cuya autoridad está refrendada por hechos que han sido y son considerados como verdaderos milagros y claras muestras de la voz de Dios que confirma y protege la institución que, por El fundada, habrá de perpetuarse, vencedora y digna, tanto tiempo cuanto falte para el último día del mundo.